

VIOLACIÓN ENCUBIERTA EN CARTUCHO DE NELLIE CAMPOBELLO

Recibido: 17 mayo 2018 Aprobado: 27 agosto 2018

HELGA STADTHAGEN GÓMEZ

UAEM

holga.1381@gmail.com

Resumen

La revisión histórica del pasado permite observar los errores colectivos, ajusta nuestro sistema social y nos hace continuar no sólo como individuos, sino como seres colectivos. Una forma de transmitir los acontecimientos históricos es la literatura que recrea algunos hechos mediante la ficcionalización, aunque no deja de ser una fuente de información que debe ser considerada, ya que el escritor transmite información histórica valiéndose de la estética y la poética.

En este trabajo se revisarán cuatro relatos de Cartucho de Nellie Campobello, en donde la autora toca el tema de la violencia sexual sufrida por las mujeres durante la Revolución Mexicana de 1910.

Palabras clave: Nellie Campobello, Revolución Mexicana, literatura, violación

Abstract

The historical review of our past allows witnessing the collective mistakes, adjusting our social system and makes us continue not only as individuals, but as collective beings. A form of transmit the historical events is the literature that re-creates through the fictionalization, but not forsakes of be a source of information that should be considered, since the writer transmits using the aesthetic and the poetic. In this work is reviewed four stories of Nellie Campobello's Cartucho, where the author exhibits the violence sexual suffered by the women during the movement armed of 1910 in Mexico.

Keywords: Nellie Campobello, Mexican Revolution, literature, rape



Introducción

Se puede considerar a la Revolución Mexicana como la sucesión y el entrecruzamiento de etapas, facciones políticas, caudillos, propuestas de renovación social y argumentos que prodigan los distintos episodios militares, sin dejar de lado las crueles matanzas, las conspiraciones, las violaciones tumultuarias, los arreglos y desarreglos de las distintas clases dominantes, como parte de un crisol social, político, económico y cultural. A la Revolución Mexicana se le revisa como un todo para entenderla mejor, a manera de trampa para facilitar la asimilación de la historia y la creación de las instituciones a las que dio vida, lo que elimina el entendimiento de su complejidad, por lo que se puede hablar con más claridad de las luchas de revolución, por su desarrollo cronológico, geográfico, por sus líderes.

La novela de la Revolución Mexicana se convierte en uno de los medios de expresión de un proceso colectivo de doble vertiente que Portal (1980) llama “proceso simultáneo de extroversión e introversión”, ya que se trata de una interrogante manifestada hacia dentro y una pregunta hacia el exterior: ¿Quién soy? ¿Qué somos? ¿Qué somos para los demás? ¿Qué vamos a proponer ser?, y son algunos de los motes que dieron origen a la gesta militar y convirtiéndose posteriormente en el soporte de su desarrollo.

En Cartucho de Nellie Campobello (1900-1985) se destaca al conglomerado de mujeres y hombres que vivieron la guerra no solamente desde las trincheras sino desde sus hogares y sus pueblos de origen, pasando de lo nacional a lo local, centrándose en los acontecimientos ocurridos en Chihuahua, donde Huerta y Villa protagonizaron gran parte de sus batallas y crímenes.

Hay que considerar que Campobello tenía 10 años cuando inició la Revolución, por lo que no es de extrañar el “carácter autobiográfico presente en el mundo violento que le tocó vivir, pero lo mira más bien con curiosidad, sin angustia ni compasión” (Castro, 1971, p. 26). En sus relatos se manifiestan la violencia, la crueldad, lo grotesco del propio conflicto armado, con una aparente voz infantil que suele dar un ilusorio toque de ingenuidad a la forma de presentar las historias, y tal vez como una estrategia –personal– para confrontar la realidad, en la cual está presente el recuerdo de lo que le contaron sus abuelos, su madre, sus tías.

Nellie Campobello resquebraja el monumento de la estética romántica de la mujer escritora mexicana, pues no incurre en patrones didácticos, ni moralizantes, ni críticos de las costumbres dominantes del siglo anterior y el primer tercio del siglo XIX. Frente a la condición de transparencia social de las escritoras cristianas y las que educaban a las familias y los ciudadanos, la literatura realista-naturalista de Campobello resulta fascinante en la

historia de la cultura mexicana porque, a semejanza de cuantos movilizaron las masas revolucionarias, la escritora desacralizó un concepto literario y una moral decimonónicos; sin embargo, la sociedad y literatos, lejos de preguntarse qué proponía Campobello, permanecieron en la superficie de lo que ellos deseaban observar tanto en su escritura como en su persona, para ningunearla a través del silencio.

Fresca y sin prejuicios, Campobello en su actitud lírica ofrecía algo más que los endulzados cuentos que publicaban las mujeres de la época en las páginas del hogar, un giro en semicírculo, para quedar ubicada, solitariamente, en oposición a aquella prosa.

En los textos que se revisarán, se entrevé la violencia del derecho de pernada, desde lo doméstico, desde el control del poder masculino sobre las mujeres que no se habían unido a las tropas como Adelitas o Coronelas (consecuencia de la propia práctica del rapto), y que al estar solas en casa ya no tenían quién viera por su seguridad e integridad.

Se debe considerar que en este contexto se asigna al hombre la posición de sujeto y a la mujer de objeto, lo que implica una serie de especificaciones dentro de una serie de relaciones sociales de poder y dominación. La violencia es un medio de control, tiene por tanto carácter instrumental; en el caso de la violación se trata de un acto que se dirige específicamente hacia las mujeres, por ser consideradas, por sus agresores, carentes de los más mínimos derechos de libertad, respeto y capacidad de decisión.

La mujer en la Revolución Mexicana

La participación de las mujeres durante la Revolución Mexicana fue intensa, no sólo en las tradicionales tareas de apoyo como en la enfermería, servicios de correo y espionaje, impresión de volantes y proclamas, costura de uniformes y banderas, distribución de armas, alimentación, limpieza de ropa y otros servicios personales, sino también al mando de las tropas o la coordinación de algunas operaciones militares importantes. No hay que olvidar que varias mujeres llegaron a ser coronelas, lo que lleva a suponer que la violencia que sufrían éstas no fue sencilla de sobrellevar (Cano, 2009).

Sin embargo, la Historia pareciera ser un territorio exclusivamente masculino. Según la doctrina patriarcal, ni el poder, ni la violencia, ni la valentía, ni la lucidez histórica son asunto de las féminas. La “voz masculina” es la que se predomina en los asuntos de las guerras. Las mujeres mientras tanto han guardado silencio o tal vez tampoco se les ha preguntado, pero ¿cómo presentar una visión que no sea la fijada por la Historia “masculina”; será acaso la guerra “femenina” tan distinta, con una percepción que sea tan difícil de digerir?

La Revolución Mexicana fue asunto primordial de hombres, y las mujeres parecieran ser un fondo decorativo de los largos enfrentamientos, que da como resultado una nación de hombres con una reserva adjunta de mujeres; al hacer el rastreo de estos personajes

casi anónimos, las podemos encontrar mencionadas en la literatura y en la prensa, y resulta que las mujeres están presentes tanto en el momento de empuñar el rifle como en el de usar el metate, son los ayudantes en la guerra y en el mantenimiento de la cocina. Y su protagonismo, queda plasmado a través de las soldaderas, ya sea por las imágenes fotográficas, por los corridos musicales o por su huella literaria:

“La Adelita” es muy probablemente el gran texto de la vida cotidiana en el ejército. En el centro una heroína, mujer deseable y combatiente reconocida; encubierta por una comunidad y adorada por un militar que ya no lanza el “Mía o de nadie”, y acepta que por todos los medios militares a su alcance, buscará a la ingrata, seduciéndola o apelando a su coquetería y su deseo de respetabilidad (Cano, 2009, p. 18).

A las soldaderas se las presenta de manera idealizada y estereotipada, sin embargo estas mujeres están en la guerra porque allí está “su hombre”, porque se les recluta a la fuerza, acompañan a los ejércitos para las tareas de aprovisionamiento de víveres y de hacer comida, recogen a los heridos y entierran a los muertos; caminan mientras los hombres cabalgan o se acomodan en los techos de los trenes, mientras los hombres van en los vagones; esto lo plasma Francisco Rojas en su novela *La negra Angustias* (2016).

A las soldaderas les corresponde una altísima cuota de violaciones, rechazos, victimizaciones, al punto de que en 1925 el secretario de la Defensa, general Joaquín Amaro las llama: “la causa principal del vicio, las enfermedades, el crimen y el desorden” y ordena su expulsión de los cuarteles (Cano, 2009, p. 21). La mayoría de ellas vienen de la pobreza y de la miseria y viven discriminadas y sin derechos. Son indígenas y mestizas, vienen de caseríos y pueblos, son la fuerza que los hacendados de la Historia preferían ignorar, tal vez para no crearse complicaciones:

–¡Págale, Güitlacoche!

–Pero mi coronela –respondió el capitán–, parece mentira que usted se cangue mejor al lado de las güilas...

–Págale y cállate el hocico –dijo la mulata–. Las güilas merecen más respeto que todas las otras... Éstas se revuelcan con los machos por dinero; aquí no hay amor ni brama... Hay hambre, no ganas. Ellas cobran por soportar la peste y la brutalidad; lo otro no les importa... ¡Págale, Güitlacoche! (Rojas, 2016, p. 126)

La literatura y el cine proyectan a las mujeres de la Revolución como testigos del valor masculino, objeto de sus afectos y un fastidio en la marcha hacia la modernidad. La historiografía de la Revolución las eliminó casi por completo del drama. Sin embargo las mujeres están presentes, está claro que su imagen entre el conglomerado de hombres no pasaba inadvertido:

La “columna” degeneraba en cuerda de trajineros armados. Eso sí, mucho parque, lujo de cartuchos a falta de uniformes; pegadas a la cruda manta, hasta tres cananas, dos cruzadas sobre el pecho como tahalíes, otra fajada a la cintura. Las cartucheras invadía a las mujeres, militarizadas con grados imponentes: cabos, sargentas, tenientas [...] Muchas a caballo, con sombreros de palma, hostigando las ijares a golpes de talón descalzo; algunas a pie, cargando el rifle y el mocososo; otros en guallines, desembocando en el zócalo por el Cinco de Mayo, repletos de trabajos de dormir y de cocina. Iban allí en procesión gigantesca, los metates de la división [...] (Quevedo, 1927, p. 47)

Queda claro que estas mujeres se esforzaban para realizar las labores propias, para poder sobrevivir y estar al pendiente de sus nuevas obligaciones militares, aunque pareciera que la delicadeza femenina sólo estaba en mente de los hombres:

-Allí es donde te falla, Chichicuilotte –intervino un charro gigantesco de barba crecida y ademanes contundentes–. Lo que pasó con la coronelita Angustias Farrera es que se cansó de andar brincando de un cerro a otro, de una chaparral a otro chaparral..., goliendo estiércol a veces y a veces pólvora, tragando el polvo que levantaban los cascos de los pencos de los pelones, o el sudor que nos escurría cuando las juidas... La verdá es que estos menesteres de la revolución no se hicieron pa las viejas. (Rojas, 2016, p. 216-217)

En *Los de debajo*, Mariano Azuela incluye dos personajes femeninos, no son soldaderas, una es Camila, virtuosa, noble, enamorada de un bribón oportunista; y otra es la Pintada, de avidez sin límite, opuesta a la mansedumbre o la resignación habituales. Demetrio, el jefe, le informa a la Pintada que ya no irá con ellos (1960, p. 122), incapaz de soportar la humillación y lo que considera un despojo, la Pintada asesina a Camila de una puñalada. De inmediato Demetrio ordena que la maten, pero rectifica y la deja ir, porque –se infiere– una mujer nunca es responsable de su destino. Con esta participación se va fracturando la mentalidad tradicional de las mujeres de distintos sectores: las que están dispuestas a combatir y morir combatiendo, y las que estudian y leen acerca de los derechos, y rechazan las sumisiones acostumbradas.

Los relatos: la violencia desde la ficción

Nellie Campobello, en su obra *Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte de México* no deja de lado el tema de la violación, pero lo trata de una forma más disimulada, tanto que pareciera no existir. Es así que se tienen cuatro relatos en los que, tras mover un poco las veladuras, se puede observar el temido derecho de pernada.

En "Agustín Gracia" se presenta un General que produce desconfianza en el personaje de mamá, por lo que está pendiente de su comportamiento:

En la noche se escuchó una serenata y por una voz que parecía conocida cantó: "Bonitas fuentes son las corrientes, las que dependen del corazón." Luego cantó: "Te amo en secreto. Si lo supieras." A mamá le latió algo y ya no estuvo tranquila. A las dos noches llegó muy apurada. María Luisa tenía como catorce años, era sobrina de mamá. Se oyó un tropel. Mamá ansiosa le ordenó que se metiera por una chimenea y procurara llegar hasta la azotea y se fuera hasta la casa de doña Rosita –una señora amiga de mamá, que tiene cabellos rojos.– Ya estaban rodeando la casa. Mamá se puso a cantar alto. Entró un hombre arrastrando las espuelas y otro y otro más: "TENEMOS UNA ORDEN." Se metieron por todos lados. Mamá dijo: "están en su casa", fueron y vieron. Mamá estaba tranquila, torciendo un cigarro. (Campobello, 1931, p. 34)

La advertencia de la serenata y la precaución de la madre tuvieron un buen resultado, además se percibe la red que existía entre las mujeres para poder ayudarse y protegerse de los embates de los militares. Posteriormente aparece el General, casi por casualidad, para revisar qué es lo que ocurría:

[...] Entró Gracia, alto y arrastrando los pies; traía una cuarta en la mano; todo su aspecto era de flojera; se pegaba con la cuarta en la pierna derecha y veía a mamá con atención.

-Aquí están sus hombres, dijo mamá.

-No son míos, yo a cabo de pasar y me sorprendí de ver una caballda aquí, por eso he llegado (Campobello, 1931, p. 35)

Al verse descubierto, no le queda más remedio que ceder en sus intenciones:

Se sentó, cruzó la pierna y se puso a hacer un cigarro. Los hombres le vieron, no dijeron nada y fueron saliendo poco a poco, sin volver la cara.

¹ Se utiliza la primera edición de *Cartucho* de 1931, por lo que se respeta la edición original con todos los elementos ortotipográficos presentes en dicha edición.

-No era nada serio, dijo él, riéndose.

-No, realmente, contestó mamá tranquila, caprichos de los soldados.

En General Agustín Gracia había ido a robarse a la sobrina de mamá y se contentó con la guitarra. Se puso a cantar: "Prieta orgullosa, no te vuelvo a ver la cara." (Campobello, 1931, p. 35)

En este caso el resultado es favorable, se queda únicamente en las intenciones del rapto, se debe destacar la intuición, la fuerza y la tranquilidad que tenían que asumir las mujeres para lidiar con estas actitudes de parte de quienes se suponía estaban luchando por una causa plausible, seguramente de manera cotidiana.

En el relato "Por un beso", se presenta un recuerdo en la voz infantil: "Hombres que van y vienen, un reborujo de gente. ¡Qué barbaridad, cuanto hombre, pero cuanta gente tiene el mundo! –decía mi mente de niña. –" (Campobello, 1931, p. 62), el alboroto se sitúa en el momento que Villa parece haber muerto (Batalla de Columbus, 1916), se sabe que sufrió una herida en la rodilla, y en el relato se escucha: "–Oye cabrón, traime un huesito de la rodilla herida de Villa, para hacerme una reliquia." (Campobello, 1931, p. 61)

Ese día la narradora recuerda una conversación entre su madre y tía:

Llegó una tía mía para ver a mamá y le contó que un soldado yaqui había querido robarle a Luisa, mi prima; mil cosas dijo a mi tía; salieron en un automóvil "for", color gris y cuando volvieron estaban bastante platicadoras, contaba detalles que ya no recuerdo, de cómo las había recibido el general Pancho Murguía; mi tía saltaba de gusto, porque le habían prometido fusilar al soldado y pedía ansiosa una taza de café (Campobello, 1931, p. 62).

Se destaca que el robo no se llevó a cabo, y al tratarse de un indígena se vuelve mayor la ofensa, también parece que se convierte en una hazaña que debe ser contada para destacar el apoyo recibido por un hombre militar, que no dejará impune el intento criminal.

El suceso queda en una amarga experiencia, desde lo doméstico: "'El susto que me pegó el malvado hombre, al quererse robar a mi muchachita, no lo olvidaré hasta que me muera', –aseguró convencida de su sufrimiento" (Campobello, 1931, p. 62). Esta escena contrasta con la realidad de los atracos sufridos por las familias en donde las mujeres quedaban solas y a merced de los atracos.

2 En este periodo diría uno de los batallones del Ejército Constitucionalista, que perseguía a Villa, para llevarlo a juicio.

En este relato hay un castigo ejemplar: “-Este hombre muere por haber querido besar a una muchacha.’ El ‘hombre’ era yaqui, no hablaba español, murió por un beso que el oficial galantemente le adjudicó” (Campobello, 1931, p. 63); se impone nuevamente la fuerza militar, ganando la simpatía de las mujeres, ya que se transmite un sentido de seguridad y protección.

En “El general Rueda”, el escenario no es tan favorable ya que el ataque sí se lleva a cabo, como es sabido los bandos del ejército podían irrumpir en cualquier casa si tenían la sospecha que se estaba apoyando al bando enemigo, y en este caso se acusa a la mujer de ayudar a Villa: “Diga que no es de la confianza de Villa? Aquí hay armas. Si no nos las dá junto con el dinero y el parque, le quemó la casa’, –hablaba paseándose en frente de ella– Lauro Ruíz es el nombre de otro que lo acompañaba (este hombre era del pueblo de Baeza y como no se murió en la bola, seguramente todavía está allí)” (Campobello, 1931, p. 89).

Es una historia cargada de violencia e impotencia, ya que la madre –sin hombre que la proteja, con hijos a los que defender y acusada de colaborar con el enemigo– no puede defenderse sin que el resultado final sea además de la violación, la muerte o el rapto de los hijos:

“--Destripen todo, busquen donde sea” –picaban todo con las bayonetas, echaron a mis hermanitos hasta donde estaba mamá, pero él no nos dejó acercarnos, yo me rebelé y me puse junto a ella, pero él me dio un empujón y me caí. Mamá no lloraba, dijo que no le tocaran a sus hijos, que hicieran lo que quisieran. Ella ni con una ametralladora hubiera podido pelear contra ellos, Mamá sabía disparar todas las armas, muchas veces hizo huir a los hombres, hoy no podía hacer nada (Campobello, 1931, p. 90).

Se presenta a una mujer que debe cuidar de los suyos, idealizada por la hija seguramente, sin embargo, representa un momento de angustia para los involucrados. El desamparo de los más débiles (en este caso la madre y los hijos) queda grabado en la mente de la hija, que no puede ir en busca de venganza y reparar el honor de la madre, una mujer defendiendo a otra mujer; lo que se subraya es el sacrificio de la madre en pos de sus hijos, sin desestimar el impacto que dejó en la memoria: “Nunca se me ha borrado mi madre, pegada en la pared hecha un cuadro, con los ojos puestos en la mesa negra, oyendo los insultos. El hombre aquel güero, se me quedó grabado para toda la vida” (Campobello, 1931, p. 90).

La mujer es quien sufre la violencia y agresión quedando en estado de indefensión y bajo un sentimiento de vencida, “ni modo ya te tocó”, no hay esperanza por ser mujer.

Queda reseñada la situación de la guerra en un ámbito doméstico, en la que la mujer queda expuesta y a merced de las atrocidades de los diversos grupos, dejando también asentado que se mantienen comunicados y pueden regresar a terminar lo que comenzaron: “‘Si se queja vengo y le quemo la casa.’ Los ojos de mamá, hechos grandes de revolución, no lloraban, se habían endurecido recargados en el cañón de un rifle” (Campobello, 1931, p. 90)

Para ese momento parece que la guerra ya no tiene cuartel, las experiencias son las más aterradoras, y tratar de seguir viviendo entre los recuerdos y los atracos es la única opción, las marcas psicológicas quedan grabadas en la memoria. En este caso se hace justicia después de muchos años:

Un día aquí, en México, vi una fotografía en un periódico; tenía este pie:

“El general Alfredo Rueda Quijano, en consejo de guerra sumarísimo” (tenía el bigote más chiquito) y venía a ser el mismo hombre güero de los bigotes. Mamá ya no estaba con nosotros, sin estar enferma cerró los ojos y se quedó dormida allá en Chihuahua, –yo sé que mamá estaba cansada de oír los 30-30– Hoy lo fusilan aquí, la gente le compadecía, lo admiraba, le habían hecho un gran escenario, para que muriera, para que gritara alto, así como le gritó a mamá la noche del asalto (Campobello, 1931, p. 91-92).

Pareciera haber una tregua con el pasado, y hay una transferencia de la figura materna a la hija, lo que hace pensar en los abusos que sufrían las mujeres: “Toda la noche me estuve diciendo: / “--Lo mataron porque ultrajó a mamá, porque fue malo con ella.” Los ojos endurecidos de mamá los tenía yo y le repetía a la noche: / ‘-El fué malo con mamá. El fué malo con mamá, por eso lo fusilaron” (Campobello, 1931, p. 92).

En este caso se redimen las tropelías cometidas, señalándose las conductas sexuales como una preocupación colectiva, es una amenaza latente y cotidiana para las mujeres, en un sistema basado en las diferencias sexuales. Finalmente está el relato “Los tres meses de Gloriecita”, también ubicado en una de las persecuciones entre Villa y el ejército estadounidense: “Matan. Saquean. Se roban a las mujeres. Queman las casas...” (Campobello, 1931, p. 133), aunque no se sepa bien ya cuál de los bandos es que comete mayores arbitrariedades.

La ubicación geográfica se vuelve vital en los relatos de Campobello, cuenta la historia local, la microhistoria de una de las revoluciones, en esta batalla enmarcada por el cerro de la Mesa y el cerro Blanco, el valle de Allende, espacios que quedaban grabados por los destrozos dejados por la batalla.

³Participó con el ejército constitucionalista; apoyó el Plan de Agua Prieta. Fue fusilado en la antigua Escuela de Tiro de la Ciudad de México, el 6 de octubre de 1927.

⁴Ya que los personajes son altos y rubios, no hablan, se expresan con asombro y algunos gestos.

El apoyo de los pobladores para con Villa, y la figura de este caudillo se enfatiza: “[...] salió Carolina con un rifle (con el que ella tiraba los 16 de septiembre). Se lo entregó, el Jefe se tocó el sombrero. El rifle quedó colgado en la cabeza de la silla. Al llegar frente a la casa, también se detuvieron. Les dieron café con aguardiente” (Campobello, 1931, p. 134)

El relato nuevamente se recupera de alguna de las conversaciones de la madre con los familiares y amigos:

A las diez de la noche la balacera fué más fuerte. Pasaron las parvas de villistas gritando: “¡Viva Villa!”. Otro rato largo, los orozquistas en miles entraban. Parecía que la calle iba a explotar. Por las banquetas pasaban a caballo, tirando balazos, gritando que viviera Orozco. Comenzó el saqueo. Mamá contaba que al oír los culatazos de los rifles pegando en las puertas, les gritó que no tirarán que ya iba a abrir. Decía mamá que había sentido bastante miedo [...] (Campobello, 1931, p. 134)

No queda opción y se tiene que dejar entrar a los enemigos, y tratar de llegar a algún acuerdo, en este caso se usa a la hija menor –recién nacida– como protección y distracción, a manera de causar lástima y compasión por la madre (tal vez pensarán que esa niña era producto de un ataque anterior):

Entraron unos hombres altotes, con los tres días de combate pintados en la cara y los rifles en la mano. Mamá corrió a donde estaba Gloriecita, que tenía tres meses. Al verla con su muchachita abrazada, se la quitaron besándola, haciéndole cariños; se quedaron encantados al verla, diciendo que parecía una borlita. Se la pasaban con una mano y la besaban. Los ojitos azules de Gloriecita estaban abiertos y no lloraba. Se le cayó la gorrita, los pañales, quedándose en corpiño, pero parecía que estaba encantada en las manos de los colorados. Mamá esperó. Uno de ellos, llamado Chon Villescas, levantó una mantilla, se la puso a la niña, se la entregó a ella. Se fueron saliendo de la casa. Muy contentos se despidieron de mamá. Le dieron la contraseña para que otros no vinieran a molestarla. Iban gritando que muriera Villa y tirando balazos para el cielo. (Campobello, 1931, p. 134-135)

Este relato en particular, se muestra una historia que puede interpretarse en dos sentidos: uno en el que los soldados se sienten maravillados con la pequeña niña, la tratan con cierto grado de adoración y al quedar desnuda es cubierta tiernamente por uno esos soldados polvorientos. O bien, como una forma en la que se justifica –e idealiza de forma romántica– la violencia de los soldados, y en la que las mujeres podían quedar enamoradas de estos sujetos, ya que la niña va pasando de unas manos a otras y no le provoc-

ningún tipo de temor, va quedando desnuda poco a poco, pero no se aprecia lujuria en el acto, y al final se le cobija y se le regresa a la madre, en un acto casi de agradecimiento.

Estos excesos muestran cómo la impunidad y la violación van de la mano, ésta última es un delito aceptado socialmente como inevitable, es un delito tolerable, del cual no se habla pero es permitido. Es un sistema de dominación, que implica el uso de la fuerza y del poder como instrumento de intimidación, bajo el control masculino y a la vez en la idea de que a la mujer se le debe reprimir.

Conclusiones

Se debe destacar que la participación femenina no fue esporádica ni reducida a los papeles tradicionales de ayudante y colaboradora. Diversos documentos y fotografías de la época ratifican que las mujeres fueron sujetos activos de este movimiento social, otorgándoles pluralidad, y que buscaban lo mismo que la tropa: la mejora de las condiciones de vida.

Se tiene a las heroínas que dejaron su huella en los archivos fotográficos y en las hemerotecas, pero también están aquellas que no forman parte del mito nacional, sin embargo, hicieron que se construyeran de una manera distinta las relaciones tradicionales entre hombres y mujeres. Asimismo, propiciaron cambios en los patrones de conducta genéricos, mediante los papeles de dirigencia que asumieron, no sólo al frente del pelotón de batalla, sino al interior de sus comunidades y sus hogares.

Su actuación fue tan evidente y destacada que todos los bandos tuvieron que reconocer que la protección de las mujeres era indispensable, y esto se puede ver reflejado en el proyecto –zapatista– de ley sobre el matrimonio que preveía el divorcio y borraba el estigma de ilegitimidad para los hijos. O la promulgación –constitucionalista– de una ley de divorcio y la Ley de Relaciones Familiares (Rocha, 1991).

Estos proyectos manifiestan la preocupación que los revolucionarios mostraban para corresponder con algunos derechos a la participación de las mujeres, y así contrarrestar los prejuicios morales de la época anterior. Entonces ¿por qué no podemos, a la luz de un nuevo siglo, reconocer la participación no anónima de este conglomerado de mujeres que lucharon hombro a hombro con los hombres?

La literatura representa fragmentos de la realidad, los carga de sentido, los hace funcionales dentro de una historia y los reúne en una nueva unidad. Lo narrado revela la mentalidad y la ideología de una sociedad dada, contándonos cuáles son las representaciones con las que ésta última reelabora la realidad para adueñarse de ella. De tal suerte que la literatura da la posibilidad de hallar el valor testimonial que puede tener.

En estos relatos se pueden reconocer elementos indispensables que dan pauta para identificar fechas aproximadas y que coinciden con la realidad histórica, se narra una temática llena de horror y violencia sin dejarla asentada de forma grotesca, hay una denuncia del pasado, de las acciones de algunos personajes, además de dejar claro las preferencias de la autora y la desacralización de algunos personajes.

Referencias

- Azuela, M. (1960). *Los de abajo*. Novela de la Revolución mexicana. 2ª ed. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cáceres, L. (2006), *Nellie Campobello: la revolución en clave de mujer*. Toluca, México: Tecnológico de Monterrey.
- Campobello, N. (1931). *Cartucho*. Relatos de la lucha en el norte de México. México: Ediciones Integrales.
- Cano, G (comp.) (2009). *Género, poder y política en el México posrevolucionario*. México: Fondo de Cultura Económica, Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa.
- Castro Leal, A. (1971). *La novela de la Revolución Mexicana*. Tomo I. 9ª ed. México: Aguilar Mexicana de Editores.
- Jaiven, A. (comp.) (1993). *Mujeres y revolución, 1900-1917*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.
- Portal, M. (1980). *Proceso narrativo de la Revolución Mexicana*. México: Espasa-Calpe.
- Quevedo y Zubieta, S. (1927). *México manicomio*. México: Espasa-Calpe.
- Rocha, M. (comp.) (1991). *El Álbum de la mujer*. Antología ilustrada de las mexicanas. El porfiriato y la Revolución. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Rojas González, F. (1986). *La negra Angustias*. México: Fondo de Cultura Económica.